

## La Llave

Llevábamos ya más de cuatro horas de camino, habiendo dejado el piso de verano que solemos alquilar, barato, muy cerca de la playa, en una zona turística pero soportable del país vecino, cada primeras dos semanas de agosto de cada año. Este era el quinto... y discutíamos.

Los niños estaban en los asientos de atrás, profundamente dormidos, y los miraba desde el retrovisor; sus caras llenas de vida y color, el sano cansancio bajo sus ojos, tal vez soñando que el verano no acababa nunca, acompasados por el motor del coche de alquiler.

Pero ya te digo yo que sí, que se acabó el verano, y por eso mi marido estaba con ese humor de perros sin apenas dirigirme la mirada, lamentando ya las pocas horas que le quedaban para volver a la fábrica, tan de madrugada, tantos días al año, con esa sensación que roía por dentro y le volvía a poner frente a la afirmación, una vez más, que las dos semanas de vacaciones no compensaban todo el año dedicado a un trabajo que odiaba y del que siempre había tenido miedo de dejar. No era fácil, pero había tenido sus oportunidades. A esto se añadían unos últimos días tensos con los niños, saber que el dinero se acaba, no haberle hecho el francés que me pedía directa e indirectamente... no sé, creo que ya no lo deseaba y no quería ser una mentirosa, hacer el papel, que se corriera en mi boca y verlo satisfecho en la cama.

La discusión había empezado por una tontería musical, por una elección fallida. Como notaba el ambiente cargado en el coche quise poner una canción más bien alegre, tonta diría, de esas que aunque no quieras te hace sonreír un poco y reconciliarte con el lado más cursi de la vida, pero a él, en ese momento, lo que le apetecía era regocijarse con Nick Cave clavándose puñales en silencio mientras conducía sin apenas darse cuenta, mirando al infinito... Entonces, sin quizás ser muy consciente de lo que decía o realmente queriendo joder me suelta: - Pareces una estúpida adolescente, Laia. ¿No ves que estamos volviendo de vacaciones y que no es el momento de hacerte la graciosa?

Yo normalmente tolero salidas de tono, a todas nos pasa, a veces hay una fuerza interior que saca los dientes y araña, pero en su manera de decírmelo noté, como notaba demasiado seguido en estos meses, que había algo de odio hacia mi ser, que ya no me quería, que estaba, sentimentalmente hablando, tan perdido como yo.

- Quiero ir a un baño, sal por la próxima salida- le dije con un gesto peliculero, repetido tantas noches.

Necesitaba aire, deseaba en ese momento no tener que mirarle a la cara y ver su tristeza y reconocer la mía también en sus ojos. Señales cada vez más frecuentes nos decían que esto no podía seguir así, que algo debería cambiar, que la vida en pareja no es lo que nos habían vendido durante toda la vida, un amor para siempre, una familia feliz.

Necesitaba encontrar una manera de no caer en este pozo ya de por vida, sin otra opción. Una llave que abriera en mí una rendija donde entrara la luz para empezar de nuevo o para ver las cosas de otra manera, aceptando lo que tenía y procurando ser feliz, agradecida, servicial. Tenía a mis hijos, un trabajo que no me desagradaba, juventud aún, y era una persona buena, amable y cariñosa, nada tonta y llena de sentido del humor... pero él no lo veía o no quería verlo, abrumado siempre por sus traumas que interiormente le hacían cada vez más taciturno, menos vivo, más extraño a la única persona que creía conocer.

Salimos por un camino algo rural, atardeciéndonos los rostros, el color del cielo declarándose, bello como él solo. Marc y Julia siguen durmiendo, Nick Cave me pesa ya demasiado y apago su

culpable sermón.

Unos minutos más tarde, a nuestra derecha, hay un pequeño bar o tienda bar y le indico a Fer que se detenga, que seguro hay un baño donde pueda respirar y llorar un poco. Eso no se lo digo. Él aprovecha para salir a fumar un cigarro y yo entro en la tienda, un recinto algo destartado, con poco producto y música a alto volumen, una canción de José Luis Perales retumbando entre estas cuatro paredes hechas de papel de fumar, me digo. De detrás del mostrador aparece el rostro de un hombre, bastante arrugado, con expresión sorprendida. Le digo si me permitiría ir al baño, que es una urgencia, y con una media sonrisa algo ensayada me señala con la mirada algo en la pared. Hay una llave donde se posan sus ojos, justo antes del pasillo, una llave de gran tamaño con un llavero de cerdito. Entiendo que el lavabo está cerrado, cojo las llaves y le doy las gracias. Su voz, de repente, suena lejana, y la frase que me dice me deja algo aturdida: - ¡Esta es la llave que tanto deseas, mea con gusto!

No sé si reírme o preguntarle algo, pero me acuerdo de que venía aquí a llorar, a mear y dejar un rato de sentir la presencia de mi cabreado marido, a respirar y cerrar los ojos dos segundos en silencio y volver a mí, a mi centro, e intentar decidir, en cuatro minutos, qué hacer con mi vida.

La llave se atasca en la puerta pero logro abrirla, la luz es tenue. Para mi sorpresa como mujer todo está muy limpio. Ya no sé si tengo ganas de llorar. Mientras hago pipi miro la llave que tengo entre las manos, una llave curiosa, diferente, y pienso que hace dos minutos pedía una llave, aunque no era realmente algo así lo que imaginaba. Palpo con delicadeza sus perfiles notando cómo mi cuerpo se relaja, respiro con lentitud y abertura y paulatinamente una precisa y fresca calma se instaura en mi persona. Sonrío, sonrío como hacía tiempo que no lo hacía, yo que venía aquí a llorar, a cumplir la norma de ser infelices.

Tiro de la cadena como si fuera la primera vez en mi vida, me miro en el espejo y me veo algo cambiada. ¡¡Coño, muy cambiada!! Mi ropa no tiene nada que ver y estoy bastante maquillada. Mis labios son de un purple rain pasado de moda, los ojos dibujan líneas azules, a juego con un peto que llevo. Un golpe en la puerta me saca de mi reflejo, me dice en inglés que me dé prisa. Me mojo un poco la cara, no vaya a ser que esté en el coche durmiendo, y así me despierto.

Lo que me sucede una vez abro la puerta me deja estupefacta: Mucha gente, un bar de moda, sillones y luz roja y todos fumando en el local. Intento hacerme paso para salir a la calle, entre empujones leves y con cariño, y miradas cómplices con varias personas. Recorro como puedo los 15 metros que me separan del exterior, donde creo dejé a mi familia hace unos minutos, pero salgo del bar y una inmensa ciudad me abraza, una potente imagen urbana y nocturna confirma que algo está pasando y no es para nada normal.

Miro a mi alrededor y no puedo creerlo, y mientras busco a mis hijos y a Fer, de una esquina sale una mujer, guapa, mulata y viene directamente hacia mí. - Sorry I'm a little late my love! Come here... Y me abraza y besa con pasión y una lengua enorme y juguetona. Me mira con amor a los ojos. No sé que hacer ni que decir, pero algo en mi cuerpo me lanza sobre sus labios de nuevo y respondo, después de saborearla: -It doesn't matter, Spanish we have time, we always wait! Y me río, sabiendo que mi inglés patina, pero no me importa.

¡Dios! ¡¿Qué demonios está pasando? Ella, la chica, me coge del brazo y me dice que llegamos tarde, que el concierto está a punto de empezar, y mientras caminamos hacia algún lado observo los edificios, a las personas, letreros y anuncios que me sitúan en otra época, hace por lo menos 30 años o más. Entre dos edificios distingo las Twin Towers de Nueva York, no puedo creerlo.

Ella, al parecer mi novia, me acaricia mientras caminamos y me va preguntando sobre el día, el

trabajo... y yo respondo con brevedad, alucinada pero sintiéndome como una actriz... o yo misma.  
- ¡Bien... bastante OK... a little bit too much!, le respondo a cada pregunta. Me comenta la suerte que tenemos, ya que Francis le ha dado dos invitaciones para el show de hoy. Toca un grupo nuevo, The Ramones, se ve que están bien.

Unos semáforos más tarde, esperando cruzar el paso de peatones veo algo que me desconcierta del todo. En una terraza de un restaurante me fijo en una familia que parece estar cenando, dos hijos, los padres. Sus looks son anticuados o eso me parece, como la decoración del lugar, pero lo que entiendo súbitamente, sin apenas comprender, es que el hombre es mi marido, los hijos son mis hijos, y hay una mujer ejerciendo mi papel, mucho más contenta que yo, todos ellos llenos de armonía y bien estar. No me siento ni mal ni bien sino despidiendo algo y caminado otro camino.

Detengo mi paso para verlos mejor, para confirmar algo que intuyo. Ellos me miran un segundo también, reconozco su mirada, el tiempo perfecto para una sencilla despedida, y sigo a esta mujer que me está enamorando por momentos, su olor a vida salvaje, a cuento prohibido. Sobre una tienda china, un reloj muy retro me da una pista: 16 de Agosto de 1974. Yo tenía tres años y vivía en Valencia, ahora estoy aquí en New York y siento amo a esta mujer.